

Cambio climático, humanos y culturas

JOSÉ S. CARRIÓN

Decía Julián Marías que los españoles creemos automáticamente, a pies juntillas, todo lo que pueda desalentarnos. Tal vez por eso, el temor al cambio climático haya calado tan hondo en la conciencia nacional. Sin embargo, el fenómeno debería ser tratado con la proximidad que corresponde a una constatación científica, pero a distancia de cualquier posición apocalíptica. Yo diría que lo correcto es hacerlo con el optimismo que corresponde a una especie que, como la nuestra, ha superado retos culturales y tecnológicos de tamaño monumental. Pero con la certeza de que el único exorcismo es la acción.

Podría estar apuntando uno de los corolarios del seminario internacional *Clima y humanos* que se celebró en Murcia entre el 23 y el 25 del pasado mes de octubre y que tuve el placer de coordinar bajo los auspicios financiadores de la Fundación Séneca (Agencia Regional de Ciencia y Tecnología) y por sugerencia, en mi opinión visionaria, de su director, Antonio González Valverde. En muchos sentidos, fue todo un lujo disponer en formato cerrado de un panel de expertos de primerísimo nivel con una cobertura mediática nacional e internacional, incluyendo este periódico, *El Mundo*, la BBC, diversas televisiones y National Geographic.

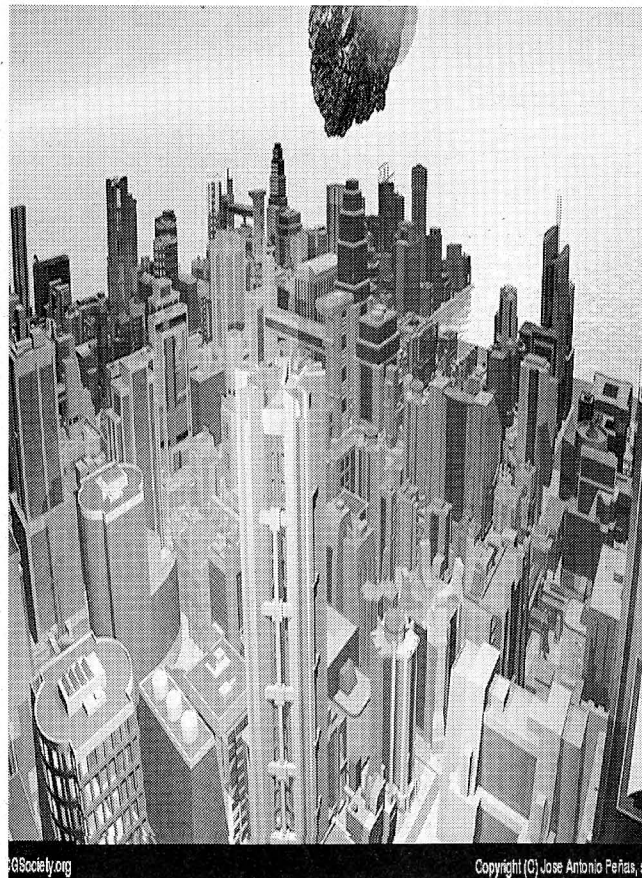
El clima y el hombre siempre han tenido una relación intensa. Existe, por ejemplo, un nexo causal entre la evolución humana y tecnológica en África y los cambios climáticos de los últimos tres millones de años. En particular, la diversificación de los *australopithecinos* se relaciona con un cambio que tiene lugar hace 2,8 millones de años, la aparición de *homo erectus-ergaster* con otro fechado en 1,7 y la expansión de *homo erectus* hacia Eurasia en torno a un millón de años. Queda claro también que algunas especies se han extinguido en un contexto de gran variabilidad climática, como es el caso del *neandertal* hace unos 24.000 años.

El seminario proporcionó también nuevas evidencias de colapso

cultural bajo escenarios de cambio ambiental. Existen elementos en común para la desaparición de la cultura maya, de las sociedades agrícolas de la Isla de Pascua, de los indios Anasazi en Norteamérica o de la cultura del Argar en el sures-te español. Siempre hay situaciones de explosión demográfica en un contexto ecológico no sostenible y bajo economías excedentarias.

Hoy se apuntan evidencias en abundancia de que el clima está moviendo ficha con cierta celeridad. En el año 1750, las composiciones atmosféricas de dióxido de carbono, metano y óxido nitroso eran de 280, 0,7 y 0,27 partes por millón, respectivamente. En la actualidad, éstas ascienden a 370, 1,75 y 0,32 por el mismo orden. La temperatura media global ha aumentado en torno a 0,6 °C durante el siglo XX, llevando aparejado un aumento notorio de los episodios de frío y calor extremo, disminución pluviométrica en la cuenca mediterránea, aumento de sequías, huracanes de alta energía y aumento del nivel del mar entre 10 y 25 cm, entre otros indicadores. Estamos perdiendo bosques tropicales, praderas submarinas, manglares y superficie de marismas. La crisis biótica a la que estamos asistiendo incluye también altas tasas de extinción, la proliferación de especies oportunistas y sin duda, el declive del poder de refugio de los trópicos y las plataformas marinas, los cuales han sido los ingenieros de la biodiversidad durante al menos los últimos 250 millones de años.

¿Qué hacer, pues? Desde una perspectiva ecológica, quizá la mejor estrategia sería orientar la



gestión hacia la salvaguardia de los ecosistemas, los cuales representan el principal potencial para la generación de biodiversidad. Justo lo contrario de lo que hacen hoy día casi todos los programas de conservación: dirigirse maníaticamente hacia el endemismo. Desde una perspectiva social, es preciso un cambio en los estilos de vida individual pero éste no puede imponerse fácilmente desde arriba y hay que tener cuidado con que los men-

sajes de sanción no acaben por ser identificados como procesos de exclusión social.

Obsesionados con la estabilidad, la permanencia y el control, y amordazados así por las compañías de seguro, nos hemos olvidado de que nuestro mayor aval es la capacidad que hemos demostrado históricamente para adaptarnos al cambio climático. Necesitamos, pues, construir capacidad adaptativa y eso sólo se podrá hacer con educación, inves-

tigación y, sobre todo, una nueva moral que reemplace el fracasado sistema de la economía de mercado y genere dinámicas hombre-medio capaces de modificarse con los cambios sin menoscabo irreversible de los recursos comunes. Eventualmente, no hay más remedio que apuntarse al uso de las energías renovables, a las políticas de ahorro y eficiencia energética.

Y utilicemos el escepticismo sólo en su justa medida. Esto no es un complot de ecologistas y políticos de segunda fila por hacerse con el poder. De acuerdo con que el clima es un fenómeno complejo y hay que investigar todavía más cuál es la importancia relativa de los motores del cambio climático y sobre el comportamiento de muchas especies. Hay preguntas sin respuesta. Pero la duda como *modus vivendi* puede ser, en este caso, nefasta. Claro está que dudar de todo es muy cómodo: nos ahorra el esfuerzo de la reflexión.

Resulta irónico que, habiendo sobrevivido a cambios climáticos tan brutales durante los últimos 20.000 años con útiles tan rudimentarios, nos encontremos en la era de la revolución tecnológica, ante el mayor atolladero existencial de nuestra aventura en el planeta. Dotados de un potencial científico sin precedentes, con información adecuada para mitigar desastres que arruinarán fortunas y biografías y podrían provocar el primer colapso global de la historia... Y, sin embargo, constreñidos por un sistema geopolítico que se muestra incapaz de salir del *impasse* asociado al beneficio pecuniario inmediato. Y quedarnos sentados a ver lo que ocurre será una mala estrategia. El problema del cambio global no es un problema de escasez de recursos, sino de despilfarro compulsivo, una demostración más de nuestra indiferencia moral hacia la propia especie.

José S. Carrión es catedrático de Botánica en la Facultad de Biología de la Universidad de Murcia.

